

## Yo conocí al Dr. D. Tomás Fernández Amela

B. Jiménez

*Las excepciones corresponden a los hombres excepcionales. Por eso, Seminario Médico vuelve a incluir en sus páginas de recuerdo la figura de Tomás Fernández Amela, a través de la entrañable y emocionada evocación de un discípulo y amigo. Quien, además, propone algún tipo de homenaje que perpetúe la memoria de este hombre ejemplar, iniciativa a la que Seminario Médico se suma fervorosamente.*

A lo largo de la vida son muchas las veces que contactamos con otras personas, a las que podemos decir que conocemos en diverso grado, si bien habría que emplear el verbo en su forma pasiva (son conocidas). Sólo alguna vez alguien nos abre su corazón y podemos decir que las conocemos de verdad, en forma activa y plena.

Ha habido ya algún compañero que ha escrito las sensaciones y vivencias que el conocer a D. Tomás ha estimulado en su vida. Yo sólo pretendo contar cómo conocí a D. Tomás, cómo era para mí y quienes lo conocimos, qué me significó este conocimiento, y lo que se proyecta y creo que significa su figura sobre la medicina de Jaén.

Desde que comencé los estudios de Medicina acudía al Servicio de Medicina Interna de «El Clínico», que era aún pequeño pero lleno de ilusión, donde tuve la suerte de encontrarme junto a un joven residente, el Dr. D. Arturo Sánchez Cabrera, con quien aprendí mucha medicina y adquirí mucha práctica gracias a su inquietud y ganas de hacer cosas y de permitirme a mi hacerlas. El Dr. A. Sánchez Cabrera se decantaba por la especialidad de Digestivo y yo tenía la ilusión y el deseo por la Cardiología.

Aún no existían en Jaén, al menos a nivel institucional, muchas de las Especialidades, por ello el Jefe del Servicio de Medicina Interna, el Dr. D. Francisco Mateas, ante las necesidades crecientes, no dudó en proponer al Dr. Fernández Amela hacerse cargo de la Sección de Cardiología, nadie mejor para iniciar su andadura.

D. Tomás era Cardiólogo de vocación y de titulación. Se había formado como tal en un tiempo en que apenas existían las Especialidades, y había abierto consulta como Cardiólogo en el Jaén de los años 50. Valor y méritos no le faltaban. Sus comienzos me los referiría como difíciles pero, desde entonces y por siempre, en ningún momento dio lugar al desánimo. Incluso supo dedicar tiempo a una rica relación con sus vecinos de la calle San Clemente durante las horas en que con paciencia y tesón esperaba sus clientes que luego fueron llegando para hacerlo el Cardiólogo más famoso y querido de Jaén. Ya desde el principio tuvo la sabiduría de dar a cada cosa su tiempo y su oportunidad.

La Sección de Cardiología daba entonces sus primeros pasos cuando me presenté al Dr. Fernández Amela para manifestarle mi ilusión por la Cardiología y si me permitía

Palabras clave: Dr. Tomás Fernández Amela.

Fecha de recepción: Marzo 2000.

Seminario Médico

Año 2000. Volumen 52, N.º 2. Págs. 85-88

estar a su lado para aprender de él Cardiología, lo que tanto deseaba. Desde el primer momento me aceptó con ese porte, que luego fui descubriendo y conociendo mejor, de un hombre natural, sencillo, sumamente amable, dulce, tolerante y respetuoso. Más aún me recibió con el corazón abierto y tomó como suyas mis ganas de aprender pues lo cierto es que se volcó conmigo sin reservas y puedo decir que me formó.

Desde que estuve a su lado vi una persona de enorme grandeza y un médico auténtico. La forma en que D. Tomás recibía y atendía a cada uno de los pacientes, el gesto de su cara y el tono cálido de su voz fue posiblemente la primera y la más constante lección que me transmitió. No lo vi nunca deponer su amabilidad. Si alguna persona venía con ánimo exaltado por el motivo que fuera se encontraba en breve tiempo, como sin darse cuenta pero sin más remedio, calmado al encontrar la actitud de atención y amabilidad en aquel hombre especial, médico bueno y magnífico Cardiólogo.

Es verdad que la cara es el espejo del alma. Su cara siempre tenía una sonrisa de dulce expresión porque dulce era su alma. La preocupación que yo veía a menudo reflejada en la cara del paciente se disipaba ante D. Tomás porque siempre le ofrecía la cara de la serenidad que contagiaba y confortaba la peor de las angustias. Si D. Tomás le decía que no tenía nada de qué preocuparse el gesto se tornaba en alegría de la que llega hasta lo más hondo. Era muy agradable verlo sonreír, pues su sonrisa era dulce, auténtica y fiel expresión de la belleza y grandeza de su alma. Ya quisiera la Gioconda tener su sonrisa. Y siempre con alguna anécdota, algún comentario lleno de humor y de gracia, algún chiste que viniese a cuento o con sus frecuentes golpes llenos de ingenio le transmitía a los demás su propia serenidad. Cuando el diagnóstico no era bueno lo decía de un modo que no pareciera tan grave, incluso si acababa proponiendo una operación (y una operación de corazón no era ni es ninguna propuesta de gusto) conseguía decirlo sin que nadie lo recibiera como una tragedia. Pero cuidaba a la per-

sona que atendía y no solo su corazón, le «arreglaba los papeles» para que pudiera ser operado en Madrid por el mejor Cirujano y se preocupaba de ayudarlo para que quedara resuelta su economía.

Era D. Tomás de un tacto exquisito. En toda actividad que realizase se le notaba, y también en su peculiar gracia y sentido del humor. Le gustaba un humor fino del que hacía gala en cada entrevista. A veces algo socarrón, pero siempre lleno de delicadeza. Es difícil expresarlo pues puede parecer ligero pero sé de corazón que incluso en cada una de sus bromas o sus «chascarrillos» iba siempre su mejor intención de suavizar el dolor del doliente haciendo ese momento lo más dulce posible, y para mí que siempre lo logró. Recuerdo que al explicarle a algún paciente la posible implantación de una prótesis biológica entre otras cosas podría decirle «te vamos a injertar en marrano», y lograba que se riera, que lo aceptara y lo entendiera. Nadie nunca malinterpretó sus «salidas» pues era fácil y agradable entender que lo hacía todo con cariño. Tenía ese gusto que se percibe en lo bien hecho por alguien que ama lo que hace.

Era fácil darse cuenta de que todo lo que él hacía y el modo en que lo hacía era bien entendido y aceptado por los demás. Y viendo que esa forma de relación hacia los demás lograba mayor comunicación humana y médica con la que el paciente se sentía atendido y «mirado», también yo quería aprender esta enorme lección. Y estoy seguro que él sabía que yo también me fijaba y quería aprender sus formas, aunque así se es por naturaleza más que por aprendizaje. Esa era su natural forma de ser. Así era él.

Conmigo siempre tuvo el mejor comportamiento, como maestro, como compañero, como persona, como amigo. Su modo de enseñarme me conquistó. Su forma grata, amable, alegre y dulce de ser y comunicarse con todos fue especial conmigo, suerte que además disfrutaba todos los días, toda la mañana. A menudo me preguntaba, tanto para explorar lo que por mi cuenta iba estudiando y valorar lo que sabía, como por sacar te-

mas sobre los que ampliar mi aprendizaje con su experiencia y sus conocimientos. Recuerdo especial y agradecido le guardo por su método de enseñarme un tanto socrático pero personal y propio suyo, más bien Tomás Fernández Américo. No me indicaba qué debía buscar, sino que me pedía qué había encontrado, y haciendo además que mi propia exposición me sirviera a mí como autoanálisis del proceso seguido y los hallazgos. Así, por ejemplo, no me decía qué debía auscultar, me permití hacer la historia, la exploración y sobre todo la auscultación, permitía cuanto precisara; al terminar le daba mis impresiones. Me miraba y me decía «¿Y?». Sabía yo así que había pasado algo por alto, había más que debía descubrir, volvía sobre el paciente, acentuaba mi esmero y hallaba nuevos signos, y sólo cuando le refería el caso completo como él lo esperaba daba su aprobación y continuábamos la actividad. Es un modo único. Estaba a mi lado, incluso un poco por detrás. No me llevaba de la mano, me dejaba ir pero cuidando de mí y procurando que yo descubriera el camino por mí mismo. Así, sólo seguía cuando él veía lo que yo aprendía de verdad buscando signos, observando, elaborando conclusiones y todo con amplia base de fisiopatología, y se sentía orgulloso de mi evolución y yo de mi maestro. Pero por si fuera poco casi a diario, de un modo espontáneo, a propósito de cualquier caso que tratáramos comenzaba con el sistema que luego llamé «nuestras minis Sesiones» (para mí por su grandeza eran megas Sesiones) que consistía en ir preguntando de modo que cada respuesta mía se seguía de otra pregunta y así hasta repasar, mejor desmenuzar y masticar, el caso y logrando que cada respuesta mía me diera luz a mi mismo, para que yo viera la etiología, la anatomía, la fisiología, la patología y el posible tratamiento; procuraba así que aprendiera desde el fondo y que lo que aprendía lo comprendiera, pasara a formar parte de mi saber y lo tuviera bien aprehendido. Cada acto médico a su lado me ha supuesto una clase magistral que no se imparte en facultad alguna. Y no sólo por su contenido mé-

dico enriquecido por su profundo conocimiento y gran experiencia en la Cardiología, sino porque además me enseñaba el modo más humano de aplicar ese conocimiento. No me importa repetir que su tacto y trato eran de una dulzura, un calor y un valor humano únicos y excepcionales. *Por ello me siento afortunado, mi aprendizaje con él no pudo ser más valioso, ya que me enseñó Cardiología el mejor Cardiólogo, me enseñó pura humanidad la persona más dulce y humana y me enseñó vida el ser más vital.* Él me llevó a mis primeros congresos y reuniones, él me demostró que hay que continuar estudiando, pues el saber no es estático sino dinámico. Pero su enseñanza, que disfruté durante años, la repartió generosamente entre todos los que se acercaran a él, como me consta que ha mantenido siempre con todo Residente que ha tenido la suerte de estar con él un tiempo. Sí que siento que me trató en todo más que como aprendiz y compañero, como amigo, más aún como a un hijo. Para mí es como un padre, y no sólo mi padre Cardiológico, que por supuesto lo es. Busqué su consejo en cada cambio de mi vida, y siempre me habló desde su corazón con lo que creía mejor para mí, tanto para alentarme si estaba de acuerdo como para ponerme en la realidad si me veía un tanto perdido pero con su tono y su talante de respeto y tolerancia. No sólo fue un maestro de Cardiología. Su vasto saber abarcaba otros campos en los que también destacaba. Pero en todo se mostró con la misma sencillez y humildad que si fuera un aprendiz. Ésta era otra de sus virtudes, pues era un verdadero y eterno aprendiz, una persona con auténtico interés en saber, que estudiaba y que sabía pero manteniendo con humildad el interés de aprender incluso cuando ya era una autoridad en el tema. Sus conocimientos y aficiones abarcaban historia, arte, numismática, talla, etc. Por ello tuvo una rica colección de monedas antiguas, realizaba en su taller bellísimas tallas en madera, colaboraba estrechamente con el Museo Provincial y cuando hablaba conmigo cualquiera de estos temas, sus avances, sus descubrimientos, sus teorías, me em-

belesaba como sólo deja embobado quien sabe profundamente de lo que está hablando. También era y se sentía muy jaenero, y de un modo muy de aquí, de esa forma de compartir los días con la gente. Ya desde los inicios de su actividad mantenía sus tertulias con los vecinos, gentes de las que me contó infinidad de anécdotas, sobre todo de los famosos herreros de la calle San Clemente, aprendiendo unos de otros. Por él supe de la existencia de los amigos del Arco de San Lorenzo y sus famosas reuniones. Y ya en sus últimos días formó y mantuvo hasta su final los desayunos, reuniones y actividades (a veces lúdicas y siempre llenas de emoción y enorme apoyo humano) del grupo de «los inútiles» como él mismo los bautizó.

El mismo tacto, la misma tolerancia y el mismo cariño con que trataba y distinguía a sus pacientes y a mí lo derrochaba en su familia y sus amigos. Aún antes de conocerlas ya sabía por él cómo le iba a su hija Reme, que estaba haciendo Psicología, cuándo la acabó y cuándo obtuvo plaza; los estudios del «torbellino» de su hija Aurora, y de su hijo Tomás, más sereno y parecido a su padre. Diarias referencias, siempre teñidas de cariño, a su doña Reme, sin duda la persona que más quiso, quien más cerca ha estado de él, quien mejor lo ha entendido y quien más lo ha querido. También es verdad que junto a un gran hombre hay una mujer única.

Hay una actividad tal vez poco conocida que también mantuvo durante años. Era radioaficionado. Recuerdo que tenía la emisora en su taller donde hacía sus tallas y otras «manualidades» (pues bien que le gustaba arreglar cualquier cosa que no funcionara dándole su propia forma, sus «arreglillos» y componendas), y justo en ese lugar tan suyo, quizá el único donde estaba solo, se conectaba con el mundo. Y es que a D. Tomás le encantaba cualquier forma de contacto con la gente y dar todo lo que era.

Pero sólo las personas auténticas viven de acuerdo a lo que sienten en su corazón, de corazón, siempre. Por eso cuando la enfermedad aparece no cede al dolor, ni a la pena, ni al pronóstico ni a nada y da la plena medida de cómo era. Del mismo modo que había tratado a los pacientes en sus dolencias

y a sus amigos y familia con la alegría de su alma se trató a sí mismo. Y a los que lo rodeaban. No era simple resignación cristiana, era auténtica aceptación, con el mismo corazón generoso que había dado siempre a manos llenas y con humor, con dulzura, con respeto, con cariño y con su eterna sonrisa fiel reflejo de la enorme grandeza de su alma, de su carácter, de su persona.

La ciudad en la que vivió y que bien quiso debe valorar su figura. Su proyección sobre su Jaén es muy importante y no debería pasar de la memoria de nadie en toda la ciudad y provincia. Aunque no son de su gusto ningún tipo de alardes, creo que merece ampliamente una calle, o una plaza o una sala, bien del museo, bien del Hospital, o un premio con su nombre. Creo que la ciudad lo debería hacer por él, ya que debe permanecer siempre ligado a Jaén y hago un llamamiento-propuesta para su realidad.

Lo que es seguro es que permanecerá siempre en mi memoria, pues está en mi corazón llenando todos mis rincones. *Todos los días de mi vida intento parecerme en mi actuación a mi querido D. Tomás, rindiéndole así mi homenaje personal y diario. Por ello, si algún paciente que ahora atiendo yo, alguna vez me dice «tiene usted las mismas cosas de D. Tomás», me hará rebosar de satisfacción y orgullo.*

Son muchos los pacientes que atendió que aún me lo recuerdan porque siempre lo recordarán. Todos lo querían, todos lo querían por mucho más que por ser el magnífico Cardiólogo que era. Todos lo quieren de corazón.

Yo puedo decir, con el orgullo y la alegría con que lo siento, que YO CONOCÍ A D. TOMÁS FERNÁNDEZ AMELA, y conocerlo es quererlo, y siempre lo querré. Él me distinguió con su amistad, me dio su cariño sin condiciones, su enseñanza sin reserva y su ejemplo sin igual. Al enseñarme y hacerme Cardiólogo me dio un sueño. Conocerle ha sido mi mayor fortuna, me enriqueció como médico y Cardiólogo, pero por encima de todo enriqueció mi vida enseñándome a ser y a vivir. ◀

---

**B. Jiménez, Cardiólogo.**

---